

## RESEÑAS

CHARLES E. KANY, *American-Spanish syntax*. University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1945. xiv + 463 págs.

El autor ha partido de un interés didáctico. La literatura hispanoamericana despierta curiosidad cada vez más viva en los Estados Unidos. Pero el estudiante o el lector se encuentra, sobre todo al abordar la literatura criollista o nativista (*Martín Fierro*, Ricardo Güiraldes, Rómulo Gallegos, José Eustacio Rivera, etc.), con una serie de giros y frases que le desconciertan y que no puede entender con la simple ayuda de su diccionario o de su gramática. Para ayudarle en sus lecturas, Charles E. Kany se propuso estudiar ordenadamente, y con criterio filológico moderno, los hechos sintácticos fundamentales del español americano que divergen del español general.

Sorprende a primera vista que la sintaxis del español de América haya dado un libro de más de cuatrocientas páginas de denso contenido. Los estudios dialectales se detenían en el léxico, en la fonética, en la morfología, que proporcionan materiales copiosos. Siempre habíamos afirmado que la sintaxis española se mantenía inquebrantable en la inmensidad del territorio americano. Y es verdad, pero sólo en general. Hay que tener en cuenta, además, que gran parte de lo sintáctico de la obra es a la vez morfológico. Por ejemplo, el voseo, que abarca cuarenta páginas. Encontramos también muchas páginas de pura morfología (sobre el género y el número, sobre formación verbal, etc.), y hasta numerosas observaciones de carácter lexicológico. De todos modos, la obra de Kany ofrece una riqueza insospechada de hechos: uso de preposiciones, usos conjuntivos y adverbiales, sintaxis del verbo, etcétera.

Para realizar su estudio, el autor ha manejado casi toda la bibliografía utilizable (trabajos dialectales, diccionarios de provincialismos y la profusa producción del purismo) y ha leído inquisitivamente una serie de obras representativas de la literatura hispanoamericana. Ha recorrido además gran parte de Hispanoamérica, deteniéndose en muchas capitales y observando con atención el habla viva. Y ha ampliado luego sus anotaciones con consultas a numerosos corresponsales de los distintos países. Cada hecho lingüístico nos lo presenta así —en lo posible— con toda su extensión geográfica, americana y española. Dentro del panorama general, aparecen, en su marco apropiado, las modalidades regionales.

Ante una obra de tal amplitud, caben siempre adiciones, y aun divergencias. Con el fin de contribuir a una segunda edición, hemos ido

anotando en la lectura una serie de observaciones, algunas muy generales, otras muy particulares.

*Español preclásico o español clásico.*—Al esbozar el estado actual de los estudios sobre el español de América, echa de menos un conocimiento más completo de la geografía dialectal de Hispanoamérica y un estudio a fondo de la lengua española de los siglos xiv y xv, “es decir, de la lengua preclásica, que fué la base del español americano” (pág. vi). Sin duda, un estudio hondo de la lengua de los siglos xiv y xv explicará muchos rasgos del español de América. Pero realmente no es ésa, sino la del xvi y xvii —la lengua clásica— la base del español americano. El descubrimiento de 1492 no cuenta como fecha inicial para determinar la fisonomía del castellano de América. En todo el siglo xvi, América vive pendiente de España, y la continua renovación de los núcleos iniciales de población asegura la unidad de desarrollo. Ya en la segunda mitad del xvi pueden señalarse algunos rasgos —sobre todo léxicos— del español americano. Y puede pensarse que a fines del xvi y principios del xvii comenzaron a adquirir algunas regiones su propia fisonomía lingüística.

*“Me di una cortada”, “voy a echar una nadada”.*—Al hablar de la afición hispanoamericana por esas formas perifrásticas en lugar de *me corté, voy a nadar* (págs. 15-19), nos parece que Kany está excesivamente preocupado por descubrir la creación de un aspecto perfectivo en el futuro (como en el idioma ruso). Los usos con complemento presentan la acción verbal de manera más visible, la presentan terminada en un acto. Pero los sustantivos en *-ada, -ida* pueden no proceder de verbo (*darse una panzada*), y los giros con complemento pueden darse también en otros sustantivos: *darse un atracón*, etc. También parece arriesgado explicar la mayor frecuencia americana de estos usos por el espíritu alerta y el dinamismo físico y mental de los colonos ante sus nuevos problemas.

*Estados Unidos y Argentina o los Estados Unidos y la Argentina.*—La supresión del artículo en esos y otros casos, en contraste con usos como *la Francia, la España*, etc. (pág. 19), se explica —nos parece— como encuentro de dos tendencias opuestas. En el siglo pasado era frecuentísimo en España y América decir *la Francia, la Rusia, la Inglaterra*, etc. Ese uso se tachó violentamente de galicista, aunque se remonta a la época clásica (KENISTON, *The syntax of Castilian prose*, § 18.447, lo documenta en la buena prosa del siglo xvi, en autores como Juan de Valdés, Pérez de Hita, Fr. Antonio de Guevara, Pérez del Pulgar, Mateo Alemán). Todavía se encuentra hoy, pero ya en franca retirada. Como reacción ultracorrecta se suprime el artículo a *los Estados Unidos*, a *la Argentina* y a otros países. Puede haber contribuido el hecho de que la mayor parte de los países americanos se enuncian sin artículo: *Chile, Venezuela, Cuba*, etc.

*“Las campanas de Catedral”.*—No sólo en México se dice *las campanas de Catedral* (pág. 20). También en Caracas y seguramente en otras partes (“Eran las 10 en Catedral”, “puse el reloj por Catedral”). Se siente *Catedral* no como “una catedral”, sino casi como un nombre propio, como un toponímico: “te espero en Catedral”, es decir en la

esquina de la Catedral (*en la Catedral* significaría 'dentro de la Catedral'). También en Madrid se decía *las campanas de Gobernación* (del Ministerio de la Gobernación). Son usos parientes de "te espero *en casa*", "está *en Palacio*", etc.

"Dibujo *a la pluma*" y otros usos análogos (pág. 20) se deben sin duda a galicismo. En cambio, *alrede*, que además de México se da en Santo Domingo y mucho en España, no creemos que se deba al artículo, sino a *al-* de los arabismos (*aljedrez-ajedrez*, etc.). "Lo vas a hacer *a las buenas* o *a las malas*, lo tratan *a las patadas*" son generales en la Argentina, en Venezuela y seguramente en otras partes. En "por *sial* caso me busca" parece haber cruce con otra expresión, "lo digo por *si al* caso viene", que se oye en Venezuela y en otros países.

"*Todo mundo*" (pág. 21).—También en Venezuela se oye "*Todo mundo* se fué pa la avenida San Martín", "¡*Si todo mundo* lo sabe!", "Esa mujer es de *todo mundo*".

"*La Eloisa*", "*el Jacinto*", "*el Luis Mendieta*" (pág. 23).—En el Ecuador hemos oído decir *el Jorge*, *el Escudero*, etc., hablando de una persona ausente, con familiaridad, sin el menor matiz despectivo; tampoco lo tiene en Nicaragua, ni en ciertos estados de México, como Sinaloa. Nos parece indudable que es una simple extensión del uso español, más amplio en unas regiones que en otras: *el Luis* puede dar *el Luis Mendieta*, y de aquí *el Mendieta*. En los Andes de Venezuela, *el Marcos*, *la Ligia*, *el Martínez*, *el Valero*, familiar y no peyorativo. Y aun *el Contreritas*, etc. En los Llanos, *el Luis Rodriguito*, etc., sí es despectivo (en Caracas también *el Luis Rodriguito ese*, *el Rodriguito ese*, etc.).

"¿*Cómo está el amigo?*" (pág. 24) es saludo con que se recibe a alguien amistosamente, y lo hemos oído en la Argentina, en Venezuela y en España (se da seguramente en todas partes). Pero no es vocativo con artículo, sino manera de eludir el vocativo con un tratamiento de tercera persona.

"*Hacerse del rogar*" (págs. 24-25) se oye también en Venezuela, en la región andina, aunque menos que *hacerse de rogar* y *hacerse rogar*: "Se hace *del rogar* porque es muy caprichoso", "Es que se hace *del rogar* el muy chiquitico", "Se hace *de rogar* pa que vaya a la escuela", "Hasta pa comer se hace *rogar*". En los Llanos, *se hace de rogar* o *se hace rogar*.

"*Junto suyo*", etc. (pág. 46). Aunque Kany encuentra *junto suyo*, *detrás suyo*, *debajo suyo* en la prosa de Rómulo Gallegos, no lo hemos oído nunca en Caracas ni en los Llanos, pero sí en los Andes, con mucha frecuencia, aun en la lengua literaria: "Estaba *detrás suyo* y no la veía", "*Detrás mío* venía una persona", "*Encima mío* tenía una co-bija pesada", etc. En los Llanos lo corriente es *atrás de usted*, *alante de mí*, etc.

"*Más a peor*", "*pa peor*" (págs. 50-52).—Las frases de Guatemala y Costa Rica "El enfermo va *más a peor*", "Entre más lo cuido, *más a pior*" no equivalen estilísticamente a "El enfermo va peor", "Mientras más lo cuido, peor". Las expresiones populares buscan más dinamismo, quieren indicar un proceso, una finalidad. Lo mismo pasa en

*fué pa pior, sería pa pior*, que no equivalen exactamente a *tanto peor* o *peor que peor*.

“*Entre más ricos, más animales*” (pág. 53).—Ese *entre* con valor de *mientras* lo explicaba Cuervo por cruce de *entre tanto que* y *mientras más*. Kany parece explicarlo por influencia de *inter*, *interin* o *interin*, usados en algunas partes con el valor de *mientras* (“*inter* más me cura, me pongo más malo”). Nos parece más plausible pensar en simple sustitución. *Entre* y *mientras* son intercambiables en algunas expresiones: *entre tanto-mientras tanto*. (*Mientras* es etimológicamente un compuesto de *entre: dum interim > domiente > miente > mientras*).

“*Contra más pobre, más generoso*” (pág. 54) y “*contrimás piensa, peol eh*”, de varias regiones de España y América, se deben sin duda a cruce entre la forma popular *contimás* (*cuanto* y *más*) y *contra*, que refuerza el sentido de la antítesis.

“*Tomen nota de lo que os digo*”, “*Digan que tenéis suerte*” e incongruencias análogas del hispanoamericano (pág. 56) no son equivalentes a las del andaluz *ustedes tenéis*, etc. En América se deben a pedantería de los semicultos, que imitan desafortunadamente el habla culta. En cambio, en Andalucía se ha perdido el pronombre *vosotros*, pero se conserva vivísima su forma verbal, y entonces el habla regional combina *ustedes* con *tenéis*.

*El voseo*.—El capítulo del voseo (págs. 55-91) nos sugiere algunas observaciones. En la historia del *vos* y del *tú* y de la desaparición paulatina del *vos* en España a partir del siglo xvi habrá que tomar en cuenta, en estudios futuros, una *Premática de las cortesías* a que alude el Inca Garcilaso y sobre la que hemos encontrado también referencias en el *Epistolario de Lope de Vega* publicado por Amezcua. En España hubo una regulación oficial de los tratamientos. Esa regulación se reflejó tardíamente en América y no llegó a las regiones periféricas del imperio colonial español.

En el Río de la Plata, junto a *vos tomés* es frecuente oír *vos tomes*, aun entre los más adictos al voseo (“por más que vos tomes”. . .). El voseo es general en todas las clases sociales, y la experiencia nuestra es que también abunda en las cartas familiares. Hermanos, amigos, novios, esposos, se escriben de *vos*. (En mi época de estudiante no conocía otro tratamiento).

En la Argentina, fuera de Buenos Aires y el litoral (que usan *vos sos*, *vos tenés*, *vos tomás*), son frecuentes *vos tomáis*, *vos sois*, *vos tenis* y también, entre personas ancianas, *vos tenéis*, *vos queréis*, etc., formas consideradas más rústicas (en provincias hemos observado personas que consideran *tenéis* más vulgar que *tenís*, y éste más vulgar que *tenés*, la forma de Buenos Aires). Con el prestigio de Buenos Aires es frecuente que las formas *sos*, *tomás*, *tenés* se oigan en provincias.

En Quito el voseo tiene mucho menos uso y aceptación que en Buenos Aires. El tratamiento general de la gente culta es *tú*, pero en el habla familiar se tratan de *vos*. Aun entre la gente del pueblo el voseo tiene poco prestigio, aunque es el uso general en toda la Sierra. Las formas verbales son *cantáis*, *sois*, *querís*, *habís*. En el futuro siempre hemos oído *tomarís*, *tendrís*, *comerís*, etc. No hemos oído *tendréis*, lo cual no

quiere decir que no exista. “Ojos y nariz / no tocarís” es recomendación que se hace a los niños. En Quito usan frecuentemente *usted* los padres al dirigirse a sus hijos y los hijos a los padres. También entre hermanos o entre chicos que juegan. El indio trata de *vos* a su amo, aunque le diga *su merced*. Del voseo en la Costa sólo tenemos noticias indirectas: el montubio dice *vos querés, vos sos*; parece que el voseo se extiende desde los campos de Guayaquil hasta Esmeraldas, pero al parecer discontinuamente, como uso en desaparición.

En Venezuela hay dos grandes zonas de voseo: 1º Los Andes; 2º El Zulia (capital Maracaibo). El voseo andino es *tomás, querés, tenés*, etc. El voseo zuliano es *tomáis, queréis, tenéis*, etc. El voseo zuliano se ha extendido a gran parte del estado andino de Trujillo. El voseo andino (Mérida y Táchira) se da también en gran parte de los estados vecinos de Lara y Falcón. (No es tan ostensible el voseo en los Andes porque en el tratamiento familiar, como en Quito, es frecuente el *usted*: de padres a hijos y hasta entre hermanos y esposos). Hay una tercera zona —los Llanos— donde se encuentran restos discontinuos de voseo en personas ancianas; sobre todo se mantiene en los imperativos *tomá, vení, decíme*, etc., que nadie sabe que corresponden al tratamiento de *vos*. En el resto del país (Caracas con todo el Centro, Oriente y Margarita) el voseo es desconocido. Y con el prestigio de Caracas, el *tú* está triunfando de manera absoluta en los Llanos y está penetrando en los Andes y en Zulia. Es curioso que la costa de Maracaibo sea tan tenaz en su voseo (también lo es la costa argentina). Y es también interesante señalar la persistencia del voseo en la región andina, la menos rebelde y popularista, la más tradicionalista, la región venezolana donde tienen más prestigio las formas de la cultura y la corrección del lenguaje.

*Vusted* (pág. 92) se oye también en Venezuela, al menos en los Andes y en los Llanos; no lo hemos oído en Caracas.

“*Cerquita de yo*”, etc. (pág. 99), y otros usos de *yo* por *mí*, más que por la mayor sonoridad y fuerza de *yo* (razón fonética), quizá pueda explicarse por el mayor énfasis del pronombre sujeto (razón psicológica). En la lengua general ha triunfado *entre yo y él*. Si en Costa Rica es tan frecuente “él irá alante de yo”, “se rieron de yo”, “a yo no me vengas con cosas”, etc., la frase rústica “Pa eso hay que ser más hombrecito que mí” ¿no se explicará por reacción ultracorrecta o como resultado de vacilación popular frente a la tendencia general? En los Andes de Venezuela *eso es pa yo, a yo no me llevan, es de yo*, etc., pero no en las otras partes del país.

*Loísmo, léismo y laísmo* (págs. 102 y sigs.).—Quizá el testimonio de la lengua escrita puede inducir a error en este importante capítulo. A las frecuentes vacilaciones de los autores se agregan no pocas veces las de los tipógrafos, linotipistas y correctores. La vacilación entre *le* y *lo* para el complemento directo es hoy progresiva en la lengua escrita de toda América, como Kany demuestra con abundante documentación. La gente culta, por influencia literaria y gramatical, usa promiscuamente *le* y *lo* no sólo al escribir, sino en la conversación. Muchas veces nos han consultado sobre cuál de los dos es más correcto. Pero

el habla popular y campesina nos parece que en casi toda América se mantiene fiel al *lo* tradicional. Sólo hemos observado leísmo popular en la Guayana venezolana y en la Sierra del Ecuador, donde se dice *le quiero a Carlos y le quiero a María* (la gente culta de Quito usa frecuentemente *lo*, y hasta es corriente un loísmo ultracorrecto en la prosa periodística: “Los hechos no tienen la gravedad que ha querido dárselos”, “a los estudiantes de la Universidad no *los* permiten entrar a la Biblioteca”, etc.). En cambio el laísmo, en América, no lo hemos oído nunca. Los numerosos ejemplos que ha reunido Kany tienen valor diverso. Algunos pueden ser intrusión tipográfica, como el de Mallea: “*la* ofrecieron otros tantos vasos”. Otros, especie de concordancia visual en el texto escrito. Y otros, finalmente, pura imitación de un uso que se ha visto en escritores castellanos de prestigio. El ejemplo de García Muñoz (“dos cargadores las contemplaban lanzándolas bromas de color subido”) contrasta con todo el uso ecuatoriano, leísta aun para el complemento directo femenino, como Kany ha documentado abundantemente y como nosotros hemos comprobado a cada paso en Quito (“El amor *les* vuelve locas”, título de una comedia). En Venezuela, el ejemplo de *Peonía* (“la di un beso”) es pura imitación libresca: Romero García, el precursor del nativismo venezolano, es laísta de manera casi sistemática, por imitación de sus modelos literarios (*María* de Jorge Isaacs y *El sabor de la tierruca* de Pereda). Algún otro caso puede deberse a confusión individual o regional entre un complemento directo e indirecto. No creemos que haya laísmo americano.

“*Díjome*”, “*repúsele*”, etc. (pág. 122) se emplean muchísimo en la lengua escrita de Venezuela. En Caracas sólo lo hemos observado en la conversación de personas afectadas que hablan como los libros. Pero en los Andes es de uso general: “*díjome* que fuera”, “*entusiasméme* cuando la vi”.

“*¿Qué tú quieres?*”, “*¿qué tú dices?*” (pág. 125), de todas las Antillas, es también frecuente en el habla popular de Venezuela: “*¿Qué tú dices de lo que le pasó a Carmen?*”; en los Andes se dice *¿qué vos querés?* (sólo la gente que ha ido a Caracas y adopta el *tú*, dice *¿qué tú quieres?*). En *Mamá Blanca*, de la finísima escritora venezolana Teresa de la Parra, se puede documentar ese uso en el lenguaje infantil: “*¿Y qué tú haces, primo Juancho, cuando tú hablas, para poder mear tus dientes? ¡Ah! ¿Qué tú haces?*” (cap. iv). Aquí lo hemos oído explicar, no por influencia negra, sino por influencia norteamericana (“*What do you do?*”), igualmente incomprensible. Nos parece que se entiende perfectamente como desarrollo interno. Sin pronombre interrogativo, lo normal es *¿tú quieres?*, *¿usted va?*, etc. Pero lo común es que el pronombre personal no se use en las preguntas: *¿Qué quieres?*, *¿Por qué dices eso?*, *¿Quieres?*, etc. Se usa en expresión enfática, y eso explica la anticipación. Más frecuentemente que en el *¿Qué tú quieres?* se da esa anticipación con otros pronombres interrogativos: *¿Por qué usted dice eso?*, *¿Por qué tú quieres eso?*, que pueden oírse en todas partes.

“*No la vamos pasando mal*”, “*no las voy con vueltas*”, etc. (pág. 140), tan frecuentes en todas partes, no creemos que presupongan un

antecedente sobreentendido en la mente del que habla. Nos parece que esa construcción con *la, las* es tipo sintáctico tradicional de la lengua, alternante con *lo*, y sobre él se van acuñando nuevas construcciones. En Venezuela "*La voy a dormir*", "*Siempre va a la de ganar*", "*¡Ahora sí que la puse de oro!*", "*el que la debe, la paga*", etc.

"*Todavía no viene*", etc. (pág. 156).—En el Ecuador nos ha llamado la atención ese uso sin *todavía*. Preguntamos por alguien en una oficina, y nos contestan: "*No viene*". Creemos que no acostumbra venir, que ya no viene ese día, pero quieren decir que no ha venido todavía. Un abogado habla de un escritor y dice: "Fulano ha escrito un trabajo, pero no publica" 'no lo ha publicado aún'. Desde luego, también se usa con *todavía*: "¿Aún no viene todavía?", pregunta un señor por teléfono, por decir '¿aún no ha llegado?'

"*Hace muchos meses que no había ido por allí*", "*No tenía luz eléctrica desde hace algunas semanas*" (pág. 157) son frecuentes en el habla familiar de todas partes. Todas esas expresiones (igual que "*Hace un mes que no la veía*", etc.) presentan más vivo el contraste entre el presente en que se habla (*hace*) y el tiempo de la ausencia (*no la veía*).

*Vine y he venido* (págs. 161-164).—Al afirmar que al principio no se distinguían claramente los dos tiempos y que la distinción surgió después, quizá bajo la influencia de la teoría gramatical, el autor se deja llevar por un error de Hanssen. ¿Por qué se iba a crear *he venido* sino en función de una diferencia? ¿Y cómo pudieron existir indiferenciadas las dos formas durante tantos siglos hasta que a fines del siglo xv o en el xvi empieza a haber teoría gramatical? ¿Y cómo entonces, cuando ya hay teoría gramatical, empiezan a borrarse las diferencias y a manifestarse la preferencia por una o por otra? Al estudiar las preferencias regionales (que no creemos que tengan que ver con un sentido más o menos activo) conviene separar las fórmulas fijas (*¿qué hubo?*, etc.), en que hasta se ha perdido el sentimiento verbal: en Venezuela, por ejemplo, *quiubo* es fórmula de saludo y *¿oíste?* es muletilla de la conversación.

"*Hube de viajar a Europa*" 'estuve a punto de viajar'. . . , de la Argentina (págs. 166-167), se ha formado sin duda analógicamente sobre *he de viajar* 'tengo que'. . . La expresión *¡había sido usted!* (de la Argentina y de otras muchas partes), forma enfática de decir *¡pero es usted!* presenta uso metafórico del imperfecto.

*Vámonos* o *vámonos* (pág. 175).—La pérdida de la *s* interior, más que explicable por eufonía (especie de *deus ex machina* de la vieja gramática), se ve como un proceso de disimilación eliminatoria. Si la forma "cacofónica" es efectivamente más frecuente en América que en España será porque en América hay más gramatiquería que en España (además de haber más preocupación teórica por la gramática), o porque los escritores reaccionan al escribir contra la tendencia general a aspirar o perder la *s* final de sílaba.

"*Por más que querramos*" (págs. 177-178).—También en Venezuela lo hemos oído, aun a personas cultas. Nos parece que se explica suficientemente como una extensión analógica de la *rr* del futuro (*querramos*), es decir, la extensión de una anomalía.

"*Pueda ser que venga mañana*" (págs. 181-182) es muy usado en España, y se oye también en Venezuela: "*Pueda ser que presente examen*", "*Pueda ser que llueva*", "*Pueda ser que gane al 5 y 6*". Quizá de estos subjuntivos se haya desarrollado el *¡Bien pueda!* que se contesta cuando alguien pide permiso, y que también se oye en Colombia ("Bien puedan ir acostarse", pág. 92). Lo hemos oído en Venezuela aun a personas cultas. Las parrandas de Navidad en Coro (Estado Falcón) se despiden con una copla dedicada a los ausentes o a los niños que duermen: "Si alguno faltare / bien pueda dormir: / que viva cien años, / que viva cien mil" (recogida en *Farallón*, novela de Agustín García, Caracas, 1939, pág. 7). También oímos en Caracas "Hagamos el viaje, pues *¡quién quite* que encontremos algo bueno!" También se usa el indicativo, pero el subjuntivo es menos categórico.

"*¡Vieras tú los escándalos que armó Fulano!*" (pág. 184) es uso frecuente también en Venezuela, y seguramente en todas partes: "*¡Vieras el alegrón que tenía mamá cuando recibimos tu carta!*"

*Fuere, resultare*, etc. (págs. 185-186).—En el Ecuador nos llamó la atención la frecuencia con que se usan esas formas en la lengua escrita, sobre todo en el lenguaje periodístico. También se usan en Venezuela, pero menos. En el habla popular han desaparecido.

"*A los tiempos que le vemos por aquí*" (págs. 227-228), del Ecuador, así como "*¡A los cuántos tiempos nos vemos!*", del sur de Colombia, no creemos que empiece con la forma verbal *ha*, que sería acentuada, sino con la preposición *a* átona. En ese y en otros giros, en vez de expresarse lo que no se ha visto u oído en tanto tiempo, se afirma enfáticamente lo que se oye por primera vez después de mucho tiempo. Se parece ese uso a otro que señala más adelante (págs. 369-374), y que nosotros también encontramos en los Andes de Venezuela (al menos en el Táchira, estado fronterizo con Colombia): "Hasta ahora es que se aparece", "Hasta ahora es que viene a trabajar", "Hasta ahora es que me voy a clase". *Hasta ahora* es manera más enfática de hacer la afirmación con referencia al pasado. El objeto es expresar la acción como positiva.

*El gerundio y el sustrato* (págs. 238-239).—La afición por el gerundio en muchas regiones, sobre todo en el habla de mestizos e indios, ha hecho pensar en influencia indígena. Pero ¿cómo es posible que el gerundio, una forma tan latina, se use por influencia indígena, cuando además se encuentra en la Argentina, Chile, Ecuador, Venezuela, etc., países de sustrato indígena tan diferente o sin tal sustrato? Más bien parece que el gerundio puede funcionar en el habla castellana de indios y extranjeros como un *comodín* para la formación de cualquier tiempo y persona.

"*¿Dónde es que es?*" (pág. 253) y expresiones como "*¿De dónde es que vienes?*", "*¿Adónde es que vas?*", "*¿En dónde es que estás?*", "*¿Pa dónde es que tenemos que ir?*" son frecuentes en Venezuela. Aunque coinciden con el uso francés, el que sean tan usadas en el habla popular de todas partes descarta un origen galicista.

"*Es de que te levantes*" 'es hora de que te levantes' (págs. 253-254) también se oye en Venezuela: "Ya es de que trabajes", "Ya es de que

ganes dinero". Parece elipsis de *es (hora) de*. Frases como "era de cobrarle algo más" nos parece que se deben igualmente e elipsis de *era (cosa) de . . .*

"*Quiero es pan*" 'lo que quiero es pan' (pág. 256) se da en los Andes de Venezuela, pero no en el Centro: "Llegué fué cansado", "tomé fué leche", "él vino fué hoy", "yo quiero es trabajar".

"*¿Cierto que Eulalia se casa?*" "¿es cierto que? . . ." (pág. 257) es general en la Argentina, en Venezuela, en España y seguramente en todas partes. De ahí sin duda "*¿No cierto que . . .?*" que se oye en la región andina de Venezuela (como en Colombia), pero no en el resto del país.

"*¡Aviaos que nos agarre tata y nos rezongue!*", "*¡Aviaos que le pase algo a mi hijo!*", usados en Costa Rica (pág. 263), parece que proceden de *aviados estamos*.

"*¡Quién quita y que se saque la lotería!*", etc., de México (pág. 265) presenta un nuevo ejemplo de y exclamativo pospuesto a otra exclamación, igual que *¡ojalá y!*, *¡amalaya y!*, etc.

Preferencia por *acá* sobre *aquí* (pág. 269).—No es general en todas partes: en Caracas y en los Llanos sí se dice *venga acá* (sin embargo, el grito tradicional en los juegos del Carnaval caraqueño era *¡Aquí es!*, pronunciado *¡aquíé!*), pero en los Andes de Venezuela parece más general, al menos en el campo, *venga paquí*. Parece aventurado explicar la preferencia por *acá* porque la vocal *a*, más sonora, tenga mayor poder de atracción. Las ideas de fonética impresiva, tan tentadoras, son siempre arriesgadas.

*Avante* (pág. 288) es frecuente también en Venezuela, sobre todo en los Andes: "Llevamos las mulas *avante*", "*Avante* lo topará", "Yo siempre salgo *avante* en los exámenes" (en Caracas y en Guayana se siente como cultismo).

"*¡Cómo es de grande!*" (pág. 291) se da también en Venezuela: "*¡Cómo está la vida de cara!*", "*¡Cómo está de barato todo en el Mercado libre!*", "*¡Cómo es de sabroso!*", "*¡Cómo es de grande!*", "*¡Cómo está de enfermo!*", etc. Corriente en España.

"*De no*" (págs. 297-299) se usa también en los Llanos y en los Andes de Venezuela: "Harás lo que yo te pida, *de no*, te va a pesar"; "Iré mañana, *de no*, te llamaré por teléfono"; "Si me pagan me voy a los Andes, *de no*, me quedo en Caracas".

"*Hablar despacio*" (págs. 302-303) es en Caracas y los Andes 'hablar lentamente' (hablar en voz baja es *hablar pasito*). Pero en los Llanos es también 'hablar en voz baja': "Habla *despacio* pa que no te oigan", "Canta *despacito* pa oírte yo solo" (también "háblame pasito"), "Camina *despacito* (o camina pasito) pa que no te oigan". Véase además JUAN COROMINAS, *RFH*, VI, 1944, pág. 231.

"*De viaje*" 'de una vez' (pág. 304) lo hemos oído también en los Andes de Venezuela: ("*De viaje* me zumbé todo el trago", "*De viaje* lo hice"). Pero es más frecuente *de un solo viaje*, que también se oye en los Llanos: "Me lo tragué *de un solo viaje*", "La fiesta terminó *de un solo viaje*". *De un viaje, otro viaje*, etc., por 'de una vez', 'otra vez' son corrientes en el norte de España.

*Enantes* (pág. 307).—Esta forma la hemos oído mucho a chilenos, peruanos, y ecuatorianos cultos. Creo que en la costa del Pacífico se considera forma literaria. En Venezuela sólo es de uso popular.

*Más nada* (págs. 309-310).—En la Argentina se encuentra sólo en el habla rural de algunas provincias del interior. En cambio, en Venezuela aun la gente más culta dice y escribe *más nada*, *más nunca*, *más nadie*. Hasta un purista como Julio Calcaño y una estilista como Teresa de la Parra escribían *más nada*. Véase además COROMINAS, *loc. cit.*, págs. 238-239.

*Donde mismo* (pág. 311).—Aun a personas cultas de Caracas hemos oído “¿Vive usted donde mismo?”, etc.

*Recién* (pág. 326) no se usa en Caracas más que con los participios, y llama mucho la atención el uso argentino; se usa sin embargo en los Llanos: “*Recién* lo comprendió el día que se marchó”, “*Recién* lo acabo de ver”, etc.

*Cabe* ‘cerca de’ (pág. 347).—No lo hemos oído nunca en el habla popular; sí lo hemos leído, y aun oído alguna vez, en Buenos Aires y en Caracas, por pura pedantería literaria. Los casos que Kany encuentra en Chile, Perú, Colombia y Honduras tienen sin duda ese mismo carácter.

“*Te voy a acusar con mi papá*” (pág. 348) es general en Venezuela.

“*Me obsequió un retrato, un libro*, etc. (pág. 349) es lo general en la Argentina, en Venezuela y seguramente en toda América (es uso cultista; lo popular es *me regaló*).

“*Me dijo de que viniera*” (pág. 354) se usa en Venezuela, pero muchísimo menos que en la Argentina.

*De* partitivo.—Hemos oído *de* partitivo en Madrid (“le dió *de* bastonazos”, “deme *del* pan”). En Venezuela se dice: “venía dando *de* gritos”.

“*Estar de ocioso*” (pág. 356) no es lo mismo en la Argentina que *estar ocioso*. El primer uso indica cierta profesionalización del ocio.

*De a pie*, *de a caballo* (pág. 357).—Corominas, *loc. cit.*, pág. 231, lo considera posible occidentalismo. Nos parece tipo corriente de acumulación de preposiciones que se da en toda América.

“*Se pasaba horas de horas delante de la ventana*” (pág. 360) se usa muchísimo en Venezuela. No es lo mismo que *horas y horas*. Es otro tipo sintáctico, con distinta expresividad.

“*Voy donde Fulano*” (pág. 365) se usa mucho en Venezuela, en la región de los Andes (sobre extensión e historia de este uso véase COROMINAS, *loc. cit.*, págs. 237-238). En Caracas es más frecuente *voy casa de Fulano* (*voy casa de Juan*, aun cuando se va a la oficina de Juan, en el mismo edificio; *me voltié pa cas'e Juan* ‘me volví hacia Juan, volví la cara hacia Juan’).

“*A lo que llegué*” (pág. 376) se usa en los Andes de Venezuela, pero en *lo que llegué* en Caracas y el resto del país. No parece que en su desarrollo haya tenido nada que ver *aluego que*.

“*Iré, así sea a pie*” (pág. 378).—Ese uso de *así* no creemos que pueda proceder de *aun si* (no se explicaría el acento enfático), sino del *así* con valor desiderativo. Es giro español.

"*Ojalá me maten, no haré tal cosa*" (pág. 381) se usa en los Andes de Venezuela, pero no en Caracas ni en el Centro.

*Con eso* (pág. 385).—Se usa mucho en Venezuela: "Ven mañana, *con eso* iremos a la intermediaria", "Vente a almorzar, *con eso* te cuento una cosa".

"*Tenía un peso y lo gasté, adonde me quedé limpio*" (pág. 390) se usa en algunas partes de Venezuela (Andes, Guayana, etc.). Otras frases: "Ensucié toda mi ropa, *adonde* me quedé sin tener con que ir a la fiesta".

"*¡Cómo no!*" (pág. 413) puede usarse irónicamente en la Argentina, en Venezuela y en todas partes: *¡Sí, cómo no!*, en tono irónico.

*¡Oh, ho, hom, hombre!* (págs. 418-420).—En Venezuela, como en España, es frecuentísimo *¡Sí, hombre!* como respuesta afirmativa con el valor de 'en efecto'. Una criada contesta frecuentemente: *¡Sí, hombre!* (en otras partes parecería falta de respeto). Un hijo puede contestar a su madre *¡Sí, hombre, mamá!* La palabra *hombre* está enteramente desgastada en su significación y hasta en su fonetismo, y a veces se oye *¡Sí, hom!*, *¡Sí on!* También se usa mucho en Venezuela *¡Qué va, o!* En este caso no hemos oído nasal final, y la impresión de los hablantes es que no tiene nada que ver con *¡hombre!* Recuérdese la muletilla asturiana *om, o (home)*. Creemos que en los usos exclamativos que registra Kany, en América, y además en los que trae Corominas en *RFH*, VI, 1944, págs. 236-237, para gran parte de España y América, ha habido un encuentro entre las dos exclamaciones (*oh, hombre*), a veces con fusión completa en *oh*.

*Niño, muchacho* (pág. 422).—Se usan mucho en Venezuela como tratamiento, pero entre personas mayores es más frecuente *chico*: "Mira, *chico*, ¿qué te pareció la corrida ayer?", "*¡Chica*, qué lindo ese vestido!"

*Misia* (págs. 425-428).—Como tratamiento femenino es general en Venezuela. Se usa con el nombre de pila o sin el nombre: "*Misia* María", "*¡A la orden, misia!*" También en usos narrativos con el apellido: "Trabajo en casa de *misia* María Mendoza". Es el tratamiento general de las criadas a las señoras casadas (a las solteras, aun ancianas, las tratan de *niña* o *señorita*). También se usa en las tiendas como tratamiento respetuoso, sobre todo en provincias. No sólo se usa en gran parte de América; también en Galicia (AMADO ALONSO, *BDH*, vol. I, págs. 420-422; COROMINAS, *RFH*, VI, 1944, pág. 239). Se ha perdido enteramente la conciencia etimológica, y en Caracas —donde el uso es general— hay personas cultas que creen que procede del inglés *Mistress*.

Sin ánimo de agotar la materia, nos hemos dejado llevar por el cúmulo de cuestiones que suscita la importante obra de Kany y por la tentación de colaborar con el autor en un tema de tanto interés como los rasgos sintácticos del español de América. Más que plantear reparos nos ha interesado agregar una serie de observaciones recogidas personalmente en la Argentina, Ecuador y Venezuela.

ÁNGEL ROSENBLAT